



TEOCINTLE

GACETA AGROECOLÓGICA

Año 3, Número 17 | Octubre 2024



**MUJERES
RURALES EN LA
AGROECOLOGÍA**



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE AGROPECUARIOS
ORGANIZADOS Y PRODUCTORES

Director: Alejandro Macías Macías

Consejo editorial: Red México Agroecológico, Yolanda Lizeth Sevilla García, Alejandro Macías Macías, Jesús Antonio Madera Pacheco, Héctor B. Fletes Ocón, María Guadalupe Ocampo Guzmán, Dagoberto de Dios Hernández, Livier Jaqueline García López, Katie Beas Madrigal

Corrección de textos: Katie Beas Madrigal **Transcripción de textos:** Miguel Ángel Moya Vázquez **Diagramación:** Livier Jaqueline García López

Portada: Yolanda Lizeth Sevilla García **Coordinadora del número:** Yolanda Lizeth Sevilla García La Gaceta Agroecológica Teocintle es un órgano de difusión de la Red México Agroecológico y un proyecto apoyado por el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología (CONAHCYT) en el año 2024.

ÍNDICE

VOCES RURALES

¿Cómo vivo siendo una mujer rural?

Cuidando la tierra para el futuro: mi camino hacia la agroecología

MARIÍYA

La transformación de mi parcela “El Tamarindo”

SIHUATL

Un caminar de flores y frutos

Mujeres del campo, aquellas que dan vida a la naturaleza

POCHTÉCATL

Mi caminar en la agroecología

KUAUTLALLI

Un espacio crucial para avanzar en la agenda de género a nivel regional.
Con una agricultura para la vida.

TLAKUALI

Carta a un ave de barro desde el surco

PITENZIN

¿Cómo vivo siendo una mujer rural?

Yenni Franquez



Fotografía: Sofia Margarita López Navarro

Para mí es una gran alegría y tranquilidad poder participar en este proyecto de agricultura, cada día me motiva más a seguir trabajando en la agroecología para mejorar nuestra alimentación y poder contribuir un poquito también con las demás personas que consumen nuestros productos.

Me gustaría que más mujeres se dieran la oportunidad de aprender más sobre la agroecología, que sepan que se pueden tener responsabilidades en casa, pero que también se puede ser productora, que puedes ser autosuficiente para tu familia y ayudar, porque les estás aportando alimentos sanos, aparte de eso estás contribuyendo a la economía porque ya no tienes que comprar todos los alimentos de manera externa.

Ojalá que se dieran la oportunidad de tener ese conocimiento, que a lo mejor antes ya lo teníamos, porque yo recuerdo que cuando éramos chicas participábamos en esas actividades de la agricultura y de una u otra manera se ha ido perdiendo la participación de nosotros hacia la agricultura, entonces ojalá que más mujeres pudieran conocer todos los beneficios que trae el hacer agricultura agroecológica.

Yo creo que los desafíos más importantes a los que me he enfrentado y sigo acomodando y reajustando son a mis tiempos de ama de casa, tengo que atender a mi familia en casa y tengo que ajustar mis tiempos para el trabajo de campo en el huerto, con mis gallinas que tengo y la siembra; porque este año

me aventuré a sembrar un poquito más de otros productos como es el maíz, el cacahuete, la jamaica, calabazas, entonces mis tiempos para atender casa y para atender todo lo que es el huerto y la parcela pues sí es un reto para mí. Los meses que escasea el agua es otro reto, porque debo buscar la manera de cómo hacer rendir el agua, que se reduzca el consumo, puesto que se reduce la cantidad de agua que recibimos al día, entonces este es otro de los retos que nos toca enfrentar.

Les quiero contar un poquito de nuestro proyecto familiar en el que de una manera u otra todos aportamos algo hacia nuestro objetivo, que es ir avanzando un poquito más con nuestra soberanía alimentaria; que llegado el momento no tengamos que depender, que no tengamos que comprar alimentos que no sabemos de dónde vienen o si tienen agroquímicos, pesticidas, que lleguemos a ser autosuficientes y de ahí en adelante como lo hemos venido haciendo hasta estos días, poder brindar nuestros excedentes a las personas que ya tienen tiempo consumiendo nuestros productos, porque con ello cuidan de su salud, porque estar consumiendo productos limpios, productos que están hechos con mucho esfuerzo, con mucho cariño a hacia la agroecología contribuye en todos los sentidos.

A mí me gustaría que vinieran aquí al huerto, que lo conozcan, que aprendan cómo se hace todo el funcionamiento de un huerto agroecológico, que vivieran la experiencia de poder estar sembrando y cosechando. Eso es parte de nuestro proyecto. Esperamos que en un futuro podamos ser autosuficientes y que más gente pueda venir y vivir la experiencia que vivimos nosotros día a día con nuestro huerto agroecológico, vamos a seguir echándole ganas trabajando y siguiendo nuestro objetivo.



Fotografía: Jaqueline García

Cuidando la tierra para el futuro: mi camino hacia la agroecología

Pascuala Méndez Jiménez

Mi nombre es Pascuala Méndez Jiménez, tengo 26 años y vivo en Xulumo, Aldama, Chiapas. Mi familia está conformada por cuatro personas: mi esposo, yo y mis dos niñas. Nosotros somos agricultores y antes para cultivar quemábamos todo el rastrojo y utilizábamos fertilizantes químicos y líquidos como faena y otros, porque así lo aprendimos desde chiquitos.

Pero hace algunos años comenzamos a conocer otras formas de cultivar. Empezamos con talleres de que estamos acabando con la vida de la tierra y tomamos talleres de salud que nos dijeron de dónde vienen las enfermedades, qué las causaba, y ahí fue cuando nos dimos cuenta del daño que nos estábamos haciendo por utilizar tanto agroquímico en la tierra, en nuestras hortalizas, milpa y frijoles, que son nuestros alimentos.

Luego vinieron ingenieros y maestros que trajeron plantas y árboles para sembrar y nos enseñaron cómo sembrar en curvas de nivel. Hicieron un aparato que le llaman “A” para trazar la parcela. Comenzamos a trabajar la agroecología con 18 mujeres de la comunidad, y nos fuimos apoyando unas a otras para sacar el trabajo.

Aprendí cómo trabajar la tierra de manera diferente, a podar los árboles frutales, a construir filtros, a encalar los árboles, a hacer abonos orgánicos como la lombricomposta, a hacer insumos naturales que protegen a las plantas de las plagas, como el caldo bordelés, a preparar fertilizantes como el súper magro, y sobre todo, a ser más consciente de qué es lo que llevo a casa para comer con mi familia.

En mi parcela ya no quemó, y todo lo que queda de los cultivos lo dejo para que se integre a la tierra, para que tenga más materia orgánica y se nutra. Poco a poco he ido aprendiendo a controlar las plagas con cosas naturales para mejorar mi cosecha. El rastrojo se lo pongo a mis árboles frutales. Ahora ya están volviendo a crecer las verduras que se estaban perdiendo por utilizar químicos, como los

tomatillos de la milpa, la yerbamora, la mostaza, la chicoria y otras yerbas más.

A mí me gusta mucho cómo trabajo la tierra ahora, siento que estoy cuidando mi salud y la de mi familia, y quiero que mi generación siga practicando este tipo de producción. Quiero dejarle algo bueno a mis hijos, que tengan siempre una tierra fértil y sana para sembrar.

Me siento feliz con lo que hago, aunque me preocupa que mucha gente no quiere trabajar así, porque creen que no se cosecha lo mismo, y aunque les explique, siguen utilizando químicos. Yo sí recomiendo las prácticas agroecológicas, porque con el paso del tiempo uno puede ver la diferencias en la parcela y se puede recuperar la salud de la tierra.



Fotografía: Guadalupe Ocampo Guzmán

La transformación de mi parcela “El Tamarindo”

María Luisa Gordillo Mendoza

A mí mi padre me enseñó a cultivar la tierra como a él le enseñó mi abuelo. Rozábamos, tumbábamos y quemábamos para sembrar la milpa. Sembraba sólo maíz, y rara vez sembraba frijol. Se puede decir que era monocultivo sembrado en línea recta a favor de la pendiente. Quemaba el rastrojo todos los años para volver a sembrar. Además, utilizaba mucho herbicida para matar el monte y tiraba mucho fertilizante, de tal manera que mi suelo se fue quedando muy pobre y por eso mis rendimientos eran muy bajos, de 2 a 3 toneladas por hectárea. Todo eso hacía sin saber el gran daño que le causaba a la naturaleza.

Desde que comencé a hacer agricultura de conservación mi parcela comenzó a mejorar. Y desde hace tres años que comencé a practicar la agroecología, mi parcela “El Tamarindo” prácticamente se ha convertido en una parcela agroecológica. Hago cero labranza, ya no quemo, ya no uso agroquímicos, construyo filtros y todos mis cultivos los siembro a curvas de nivel en contra de la pendiente del terreno, eso me ha servido para retener el suelo y conservar humedad.

Siembro Milpa Intercala con Árboles Frutales – Diversificada. Siembro mi maíz intercalado con frijol, calabaza y árboles frutales. También, tengo un espacio en el que siembro hortalizas y plantas medicinales. Tengo un módulo de lombrices californianas que me ayuda para fertilizar todas las plantas sembradas. Tengo una cisterna y un pozo para la captación de agua, sobre todo para la temporada de sequía.

Aprendí a preparar y aplicar bioinsumos como el caldo bordelés, super magro, agua de vidrio y agua carbonatada, que he utilizado en la parcela. Además, elaboro y coloco trampas de cebo para la mariposa del gusano cogollero y la mosca de la fruta. Coloco algunos objetos para ahuyentar pájaros y roedores que a veces dañan los cultivos.

Aunque todo esto me ha costado mucho esfuerzo y trabajo, y me ha preocupado más en tiempo

de sequía, porque hay que regar las plantas y los frutales, pero a pesar de todo ha valido la pena, porque yo cuando iba a imaginar que en mi parcela iba a haber papaya, limón, naranja, mamey, aguacate, yaca, guayaba, chicozapote, guanábana, coco, nanche, mandarina, níspero, chiles, machetón, yuca, papausa, jocotes, frijol, hortalizas, árboles maderables y otros más. Ya no sólo tengo maíz, sino que puedo cosechar muchos más productos para el consumo de la casa, para la familia, y algunos que ya hay más, ya se comienzan a vender.

Ahora me siento feliz porque sigo cultivando el maíz, que es mi principal sustento, aunque ahora lo hago de forma distinta. Y sé que en mi parcela puedo tener muchos más cultivos sin dejar de cultivar el maíz, además, sé que estoy protegiendo lo que es el suelo, el agua y la biodiversidad.

A mí me gusta lo que veo en mi parcela, y parece que también les gusta a las personas que la visitan, porque si he recibido a estudiantes, profesores, técnicos, niños y niñas que se han interesado por conocer y saber cómo trabajo.



Fotografía: Guadalupe Ocampo Guzmán

Mujeres del campo, aquellas que dan vida a la naturaleza

Sofía Margarita López Navarro



Fotografía: Sofia Margarita López Navarro

Guadalupe Mancilla Sánchez es una mujer con determinación, camina con fuerza con su sombrero adornado por flor que usa para cubrirse del sol; en sus manos arrugadas por la edad sostiene su machete para abrir camino por las veredas, avanza con seguridad sin importarle los caminos estrechos y las telarañas que en esta temporada invaden cada rincón. Es una mujer que da vida en el campo y el campo le da vida a ella.

Lo primero que Guadalupe me muestra es el río, abundante y con corriente fuerte. Conozco ese río, es el mismo que pasa por Tuxpan. Conectados por el mismo territorio, estamos en la comunidad de paso de San Juan, una delegación peculiarmente pequeña, una loma con un largo camino con empedrado ahogado, pocas casas, es más una moderna brecha por la que pasamos distintos predios hasta llegar al río.

Justo en ese lugar me encuentro con Guadalupe quien ya me esperaba en el intenso calor del medio día. Emprendimos camino a conocer su huerto, su seguridad era contagiosa, nos conocimos en un encuentro de mujeres rurales hace un año, pero pocas palabras cruzamos, así que aprovechamos el camino para conocernos bien. Ahí me explico que lleva toda su vida viviendo en la comunidad, muy joven se casó y formó una familia a la que alimentó con lo que cosechaba de su campo.

Guadalupe es una mujer que a sus 63 años continúa

viviendo en el rancho que le tocó reconstruir del temblor que sacudió a la región en el año 1985, un rancho con árboles que ella misma reforestó y los ve como sus hijos. Una casa sobre una loma que tuvo que aplanar con pura pala. Su casa y su huerto están separados, la parcela donde siembra cacahuete, frijol, calabaza, chiles, maíces y distintas cosas de temporada, es un terreno que ella misma compró con su trabajo.

Aunque Guadalupe es hija de familia campesina, las tierras heredadas no fueron para ella. Su ingreso fueron las vacas que adquirió y de las cuales sacaba leche y productos derivados para consumo propio y venta. Un día decidió que vendería sus vacas para comprarse un pedazo de terreno, en el que ahora abunda la comida que ella consume. Guadalupe también ha sido una mujer resiliente, que con su esfuerzo y cansancio les ha brindado educación a sus hijos, de los cuales habla con orgullo y los describe como personas que aprendieron a enfrentar retos y valorar las cosas, pero sobre todo a dar vida: dar vida con amor, apoyo y comunidad, así como ella en el campo.

Guadalupe tiene claro que vivir en la ruralidad es vivir en abundancia, en una riqueza que muy pocos valoran y muchos otros envidian. Ella es feliz viviendo en el campo, sus rutinas están en cultivar, cuidar y cosechar. Es una mujer orgullosa de su origen, pero no ignora el olvido que se les da a estas comunidades que no son la cabecera municipal. Guadalupe ha reportado múltiples veces a la Comisión Federal de Electricidad (CFE) el mantenimiento de las zonas donde pasan los cables de luz. Aparte de que en su rancho no cuenta con luz, los cables que por ahí cruzan se han deteriorado por el roce de los árboles, ramas que Guadalupe no se atreve a cortar porque teme a electrocutar o dañar los cables.

Además, la comunidad carece de agua aun teniendo la abundancia del río, sus tierras son secas y sus cultivos tienen que sobrevivir con la escasez. El río que pasa por la comunidad es un río

en abandono. Los intentos de la comunidad por protegerlo de la contaminación han sido fallidos: denuncias, firmas y peticiones han quedado sin respuesta por parte de la autoridad que en cada campaña promete hacer algo por el río en el que es cada vez más constante encontrar a los peces flotando muertos expidiendo un mal olor.

Las ruralidades sufren las consecuencias de la agroindustria, las afectaciones se vuelven directas a la salud con enfermedades por la contaminación que los fertilizantes químicos dejan en el aire, suelo y agua, pero también son despojados o malbaratar sus territorios para su venta, territorios que ellos

ven como un hogar y no como un terreno que produce dinero. Guadalupe insiste en que la gente sigue pensando que por ser de la ruralidad desconocen sus derechos y por ello son vulnerados.

Guadalupe, como muchas mujeres rurales, vive en lucha por defender su casa, sus tierras, su familia y la sabiduría que ella porta. Guadalupe da vida en el campo, platica con orgullo su vida y lucha por lo justo.

“Yo me siento orgullosa (...) no me avergüenzo ni de la familia de dónde vengo, ni del lugar donde vivo, sino simplemente lucho por defenderla”.

Un caminar de flores y frutos

María Elena de la Mora



Fotografía: José Carlos Nuñez de la Mora

Mi nombre es María Elena de la Mora, una mujer que disfruta mucho de la quietud del atardecer después de una larga jornada, o el murmullo de las veredas antes de que salga el sol, cuando aún las hojas de la hierba

guardan algunas gotitas de rocío. También soy mamá de Lupita, Carlos y Elena, mis compañeros en este camino de trabajar y vivir con la tierra. Y ahora soy también la Nana de Amanda y Dennise.

Toda mi vida he trabajado la tierra, desde que era chiquita aprendí la importancia de observar la naturaleza, de tener paciencia en su proceso. Mi caminar no ha sido fácil, ha estado lleno de retos familiares y personales, pero siempre he encontrado paz en las flores silvestres, en los animalitos del campo.

Ahora tengo mi propia casa en medio de un terreno que me heredó mi papá, el clima es caliente y sola hay lluvias de temporada, pero tengo cerca una presa que está un poco azolvada, pero, de todas formas, junta un poco de agua y yo disfruto mucho de su corriente mientras la temporada de lluvia dura y el agua se almacena por unos meses. Por esta situación del agua para poder comenzar sembrando hortalizas y árboles frutales, después de un par de años de trabajo, pude comprar una membrana para almacenar agua. Los años anteriores sólo había sembrado milpa de temporal, logré sacar una cosecha de frijol negro y de maíz. También he cuidado una enredadera de maracuyá que tengo a la salida de la casa que da sombra y la mantiene fresca. La verdad no me puedo imaginar una vida sin poder

salir a caminar por el campo y saber que puedo cosechar una parte de mi comida. Por eso creo que es muy importante cuidar como siembras y cuidas de las plantas.

En compañía de mis hijos y nietas estoy aprendiendo que toda mi vida he transitado agroecología, he aprendido que es un proceso que conecta a los productores con los consumidores y ayuda a un trabajo digno como agricultores y sin hacer daño a la tierra. He participado en un tianguis de productores, lo cual disfrutaba mucho porque la gente se emocionaba con lo que llevaba en mi mesa, estaba llena de lechugas y ramitos de espinacas, acelgas, rábanos y jitomates.

Con el paso del tiempo y de conocer a personas que trabajan otras formas de cultivar y cuidar la tierra, ya sé preparar remedios para las hormigas, para espantar las mosquitas blancas del jitomate, para quitarle los pulgones a los chiles. Además de todas las variedades de jitomates, ejotes y pepinos, hay tanta variedad de cultivos que me emociona el día de cosechar, cualquier cosa que corte está llena de colores, me gusta mucho este trabajo.

Ahora ya con mejores herramientas para sembrar y más ánimo tengo muchos planes para mi rancho, quiero que se llame “La Higuera”. Después de tanto caminar y tantos intentos y experimentos de siembra, por ahora, junto con mis hijos, hemos comenzado a pensar en cultivos principales para poder mejorar nuestros ingresos e ir creciendo nuestro proyecto de vida agroecológica y tener un huerto de autoconsumo con la mayor variedad de

cultivos posibles de frutales, ya he logrado tener varios papayos, ciruelos, plátanos, naranjas, limones, higos, guayabos y cafetos. Por ahora las cosechas son pequeñas pero la idea es lograr un sistema estable de producción.

De cultivos fuertes este año sembramos jamaica y yuca. Estamos preparando la forma en que los vamos a conservar y procesar. Les cuento, la yuca es una raíz como el camote y es muy nutritiva, hemos visto que crece muy bien aquí y se puede guardar en forma de harina así que eso haremos este año, procesarla y guardarla, lo mismo pasará con la jamaica, la deshidrataremos, así al natural, al aire libre, para después almacenarla con mucho cuidado.

A pesar de que ha sido difícil este camino, muchos días no encontraba el sentido y estaba tan cansada, ahora tengo muchos sueños agroecológicos, quiero tener una bodega para tener organizadas las herramientas, tener cerca unas vaquitas y armar un espacio para hacer quesos y panelas. Que alrededor de mi casa parezca un bosque donde siempre encuentres algo que comer, que mis orquídeas estén bonitas y disfrutar de sus flores cada año, que mi perrita y mi gatita sigan tan felices y juguetonas como siempre. Quiero que mis hijos y mis nietas sepan que tienen un lugar seguro a donde llegar, que podemos seguir soñando juntos. Para mí eso es agroecología, mis niños alrededor de la mesa de nuestra cosecha riendo, estar tranquilos, sin miedo.

Ojalá que todos los que soñamos con ese camino lleno de flores y frutos encontremos el camino y la fuerza para lograrlo.



Fotografía: José Carlos Nuñez de la Mora

Mi caminar en la agroecología

Fanny Saray Delgado Solano



Fotografía: cortesía de Fanny Saray Delgado Solano

Mi nombre es Fanny Saray Delgado Solano, tengo la edad de 31 años, soy originaria de la comunidad de Coapan, municipio de Jala Nayarit, con orgullo digo que soy una mujer rural, ya que me encanta el trabajo de campo y más porque aquí en mi zona se trabaja la agricultura. A mí me gusta siempre aprender cosas nuevas, trabajar la tierra y saber que todo trabajo tiene su recompensa, más si una la trabaja con amor y pasión. La tierra nos puede devolver más de lo que una piensa, siempre y cuando la respetemos. Mi mayor motivación para trabajar en este ámbito de la agroecología es mi familia, ya que con esto estoy garantizando que los productos que cosechamos son 100% de calidad, libres de agrotóxicos. Yo digo siempre que es algo muy gratificante y es un regalo que como madre le puedo dar a mis hijos, que entre menos contaminantes tenga su cuerpo ellos pueden aunque sea alargar unos años más de vida.

El 25 de agosto del año 2023 ingresamos al proyecto

con el cuerpo académico de Actores Sociales y Desarrollo Comunitario de la Universidad Autónoma de Nayarit. Investigamos en qué consistía el proyecto y no dudamos, conscientes ya estamos de lo que queremos hacer entonces se nos dio la oportunidad. Comenzamos a trabajar la agroecología, estamos aprendiendo muchas cosas que desconocía, cada día me emociono más, aprendo cosas nuevas. En este proyecto se involucra toda mi familia: mi esposo y mis hijos. Sentimos el apoyo de todo el cuerpo académico y del equipo técnico que siempre ha estado al pendiente en lo que necesitamos saber.

Uno de los desafíos a los que me he enfrentado en este caminar de la agroecología es que he rechazado varias ofertas de trabajo, yo tengo la profesión de ingeniera en gestión empresarial, y pues sí llegué a pensar en un momento en un sueldo seguro para tener, se podría decir entre comillas, “calidad de vida”, pero poniendo en la balanza vale mucho más pasar el tiempo con mi familia y estar aprendiendo todos juntos la agroecología.

Estamos aprendiendo aún, no es fácil, todo tiene su trabajo, y siempre lo he dicho, en este ámbito es redoblar esfuerzos para poder lograr lo que tenemos en mente, llegar a un momento en el que podamos tener nuestra soberanía alimentaria para mí, y como soy madre, para para mi familia también.

Otro de los desafíos a los que me he enfrentado como mujer es que una debe tener triple pila para seguir, estar al pendiente de las necesidades de mis hijos, y participar de todas las actividades, individual y como familia. Por ejemplo, nosotros participamos en el huerto del preescolar, en el huerto de la primaria, aparte nuestro huerto familiar y la parcela, es mucho trabajo, pero no me da flojera porque vale la pena y sé que estamos sembrando algo muy hermoso en nuestros hijos.

En este trabajo mi esposo participa todo el tiempo, aun así se siente la gran responsabilidad de una como mujer en esta parte del cuidado, estar al pendiente de todas nuestras responsabilidades que

tenemos. Otro desafío son los cambios de realidades, críticas tanto de la propia familia como de personas conocidas de aquí de la misma comunidad: “ay no, mucho trabajo” “ay ¿por qué andas haciendo eso?”, que a veces desaniman, pero yo siempre estoy muy enfocada en lo que quiero lograr, en lo que estoy logrando y la verdad es una gran satisfacción y esa nadie me la quita.

Nosotros estamos produciendo y resguardando semillas para volver a tener nuestro propio banco de semillas, y de este modo no batallar y ser autosuficientes. También en nuestra familia producimos la pomada de caléndula agroecológica y el humus de lombriz que tenemos ya la marca registrada.

Todos los excedentes que tenemos lo mandamos a la RASSA-JALA, que es una red donde hay consumidores que están dispuestos a comprar calidad y valorar nuestro trabajo. La verdad es un punto muy importante en este proyecto al que pertenecemos, es una motivación más también para nosotros seguir produciendo y cultivando productos agroecológicos de calidad y saber que más personas también se benefician en este caminar con la alimentación.

Todo se entrelaza, todo va de la mano, es una red muy bonita, que además nos permitió conocer otras experiencias de personas.

Hoy me considero una mujer muy activa, tengo un

emprendimiento aparte de la pomada de caléndula agroecológica, lo del Humus, también tengo un pequeño restaurante que solamente abro una vez a la semana, en el se venden alimentos totalmente agroecológicos, así mismo, pertenezco a un grupo de mujeres de la misma comunidad de Coapan.

Me gustaría que las mujeres rurales nos organizáramos para dar a conocer más nuestro trabajo y que las demás personas lo conozcan, que vean todo lo que hacemos y así puedan valorar todos los trabajos que realizamos, que más instituciones conozcan nuestro trabajo para que sea difundido y apoyado.



Fotografía: cortesía de Fanny Saray Delgado Solano

Un espacio crucial para avanzar en la agenda de género a nivel regional con una agricultura para la vida

Escuela para Defensoras Benita Galeana A.C

El trabajo que realiza Agripina da cuenta de lo que hacen las mujeres en el campo y visibiliza la labor de cuidado y de reproducción de la vida.

Al igual que el resto de las participantes del grupo de Agua Caliente, Jalisco, Agripina es una mujer comprometida con su familia y en la conservación de los modos de vida de su comunidad. Desde hace 6 años adoptó prácticas agroecológicas de cultivo de

maíz y, con el buen temporal, tendrá una cosecha de maíz orgánico y otros alimentos nutritivos como calabazas, tomates, chiles y chayotes que se dan alrededor de la milpa y que encantan a su familia.

“Yo creo que los pequeños cambios que hemos venido haciendo en la regeneración de nuestros suelos han aportado en algo para que hoy tengamos cosechas abundantes”, dice Gregoria, quien también participa en el grupo.

Ellas son dos de tantas mujeres que viven y trabajan en el campo, que comen y gozan de las actividades de la agricultura como una forma vida a pesar de las profundas brechas de género en la propiedad de la tierra y el acceso a recursos. Reconocemos que las mujeres rurales juegan un papel decisivo en el desarrollo sustentable, la seguridad alimentaria y la erradicación de la pobreza. También reconocemos su rol en la transmisión de conocimientos, incluyendo la memoria histórica de los pueblos, que se encuentra en sus alimentos y los saberes técnicos como el manejo agroecológico, selección y conservación de semillas, reproducción y uso de las plantas medicinales.

En su día a día, las mujeres rurales preparan los alimentos para sus familias, llevan a sus hijxs a sus escuelas y participan en las reuniones de la iglesia y de su organización sin descuidar la labor de la tierra. Ellas sostienen la vida desde su labor reproductiva y productiva, poniendo la vida en el centro sin una mirada mercantilista y desde una autogestión comunitaria.

Cuando hablamos de una “agricultura para la vida” nos referimos a la labor que las mujeres realizan en la casa y fuera de ella. En promedio las mujeres rurales trabajan 2.7 horas al día más que los hombres, ya que en ellas recaen las tareas de reproducción y manutención como ir por agua, recoger leña o cocinar, además de que también participan en el manejo de animales y el cultivo de la tierra.

Al llegar el temporal, las mujeres de Agua Caliente y sus familias se preparan para comenzar las labores del campo. En abril inician limpiando el terreno, en mayo rastrean las parcelas y hacen una celebración para pedir un buen temporal y en junio siembran. En julio y agosto deshieran y de septiembre a diciembre cosechan. En enero y febrero procesan la cosecha, es decir, desgranar el maíz, lo limpian y guardan en contenedores para tener alimento todo el año, y en marzo descansan.

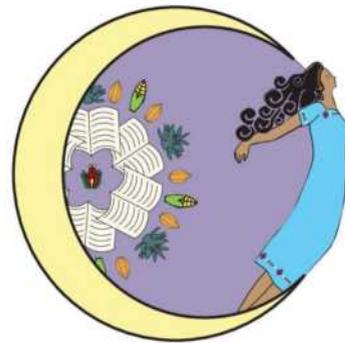
A pesar de las múltiples tareas que realizan las mujeres en doble o triple jornada, el trabajo reproductivo se sigue invisibilizando, lo que perpetúa su exclusión y discriminación en el ámbito público y privado, su dependencia económica y vulnerabilidad social. Por ello consideramos importante reconocer el papel que tienen las mujeres en la sostenibilidad

de la vida dentro de las sociedades actuales.

Para la Escuela Benita Galeana hablar de una agricultura para la vida es situar el trabajo productivo y el trabajo doméstico como centrales en la vida en común, en ello, también son las mujeres quienes están recuperando otras formas de relación con la naturaleza orientada por la ética del cuidado para la sostenibilidad de la vida, por eso las mujeres son las parteras de la agricultura.



Fotografía: cortesía de Escuela para Defensoras Benita Galeana A.C



**Escuela para Defensoras
Benita Galeana A.C**

Carta a un ave de barro desde el surco

Lizeth Sevilla

Para mi abuela, que fue un ave de barro

Con tus manos grandes y ásperas como hoja de
maíz
sabes traducir las dolencias de la tierra que transitas
andas con tus años a cuestras
con tu silencio milenario
tienes la calma para interpretar el tiempo
y en tus ojos pequeños hay nubes que siempre
esperan llover

en tus andanzas de Penélope
trazas rutas para que los tuyos
y los ajenos
reconozcan el trayecto de las flores
que te enseñaron a caminar
tus ancestras

nos miras con tu alma llena de musgo
y nos heredas las voces antiguas
que te cantó el viento
para que también las sepamos cantar

esos pasos sonoros que das al ritmo de los rayos del
sol
van germinando en la tierra
todas tus semillas

y quietecita en la banca de siempre
bajo el sol de noviembre
recorres con las plantas de los pies
las memorias de cuando cruzaste las montañas
con esas alas que se movían al son del viento

nos quedan tus ojos cristalinos y puros
tus manos agrietadas por el tiempo
los saberes que vas pregonando
con tu canto de ave de la tierra



Fotografía: Lizeth Sevilla